

Consulta Popular Complemento, no Sustituto

POR LORENZO MEYER

EN un artículo reciente, Héctor Aguilar Camín señala que la única manera de atacar, a la vez, los privilegios creados y el autoritarismo gubernamental es lograr un Estado fuerte junto a una sociedad civil fuerte. Como meta, me parece inobjetable, pero llegar a ella está en chino.

Para lograr algo que históricamente nunca hemos tenido —Estado y sociedad civil fuertes, en un juego constante de apoyos y resistencias de donde salgan bien servidas la justicia, la equidad y la libertad— hay que atacar por varios flancos. Uno de ellos, básico, es hacer al Estado más sensible y reactivo ante las demandas de la sociedad civil, de toda ella y no sólo de sus grupos poderosos. Cualquier fórmula que ayude a llevar a la cúpula del poder las demandas, actitudes y estado de ánimo de las bases sociales es bienvenida.

La auscultación de la opinión pública por medio de la llamada "consulta popular" parece ser un mecanismo muy del agrado del nuevo gobierno. Qué bueno, pero sólo si se tiene en cuenta que, pese a sus muchos defectos, ni la consulta popular ni ningún otro sistema puede sustituir a una contienda electoral limpia como barómetro de las actitudes políticas de los diferentes sectores que conforman una sociedad moderna.

★

PARA el Estado, la consulta popular tiene muchas ventajas. Se trata de una encuesta controlada, donde los resultados —los adversos sobre todo— no tienen por qué ser divulgados; las opiniones pueden ser clasificadas, computarizadas, combinadas, y todas esas cosas muy del gusto de los administradores supuestamente muy comprometidos con la técnica y la eficiencia que ahora tenemos, pero también pueden ser ignoradas. Por último, el resultado del sondeo, cualquiera que éste sea, no pone en entredicho el dominio del partido oficial, no compromete a nadie.

Así pues, la consulta popular puede ser un mecanismo confiable y seguro para determinar lo que los mexicanos piensan y desean de sus gobernantes. Pero justamente ahí también está su debilidad. El partido en el poder, para "renovarse moralmente" requiere de un acicate, de un desafío real, de ponerse en la raya, de jugársela. Y eso sólo ocurre en las

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Consulta Popular

Sigue de la página seis

elecciones, y sólo si son limpias. Las últimas elecciones de Nuevo León, sobre todo las de Monterrey, son un ejemplo de la capacidad del gobierno para hacerse tonto él solo, para mantener o ahondar la brecha que lo separa de la sociedad civil, y fortalecer a la oposición conservadora, que hoy por hoy es la dominante. El resultado de las elecciones en Juchitán, pero sobre todo las últimas de San Luis Potosí, son el otro lado de la moneda: ahí se reconoció el triunfo de la oposición. Quizá por un deseo del nuevo gobierno de castigar a un gobernador del antiguo sexenio al que considera particularmente negativo —Carlos Jonguitud Barrios—, el PRI decidió respetar la voluntad popular potosina y se topó con el triunfo aplastante, por segunda vez en poco más de veinte años, de una coalición urbana y multclasista encabezada por el doctor Salvador Nava. Ante una larga historia de caciquismo, que se inicia con Saturnino Cedillo, sigue con Gonzalo N. Santos y termina, como parodia de sus propios orígenes, con Jonguitud, la sociedad potosina dio su apoyo a una persona —no a un programa— que representa una opción conservadora frente al PRI pero que con o sin razón es vista como la verdadera "renovación moral". Es aquí donde se encierra el fracaso del PRI pero también de la izquierda. Es a este reto conservador al que debemos corresponder de frente, sin trucos, con honestidad, creatividad e imaginación.